

# Obra inédita de Miguel Hernández

## Últimas publicaciones, nuevas consideraciones

*A Francisco Giménez Mateo, «in memoriam».*

Entre 1985 y 1986 aparecieron cuatro libros que recopilan escritos de M. Hernández (MH). Las ediciones se deben a dos de los máximos conocedores de la obra hernandiana: por un lado, A. Sánchez Vidal presenta *MH. Epistolario y El torero más valiente. La tragedia de Calisto. Otras prosas*, en Alianza Tres, Madrid, 1986, núms. 170 y 177, respectivamente; por otro, J. C. Rovira da a conocer el facsímil y la transcripción con sus variantes textuales del *Cuaderno de «Cancionero» y Veinticuatro sonetos inéditos*, ambos publicados por el Instituto «Juan Gil-Albert» de la Excm. Diputación de Alicante, 1985 y 1986, respectivamente.

Largo es el proceso de recuperación de textos inéditos de la creación hernandiana, comenzado ya en 1946, y que aún no ha concluido. Parte de lo publicado era ya conocido, al menos por referencias y reseñas parciales. No obstante, lo novedoso no supone, en absoluto, lo mejor de la producción literaria de MH, pero sí sirve para completar y comprender con más hondura y veracidad su evolución vital y artística.

*Epistolario* recoge 112 cartas autógrafas de MH (entre noviembre de 1931 y enero de 1942), de las que 46 ya habían sido publicadas total o parcialmente, y otras 17 —las dirigidas a Cossío— eran dadas a conocer previamente por Rafael Gómez (Ediciones de la Casona de Tudanca, Santander, 1985). La correspondencia recopilada es importante, con todo: descuellan, amén de las familiares, las enviadas a un ramillete de egregios e influyentes escritores; pero todavía restan otras de relevancia, como las remitidas a Josefina Manresa, su mujer; otras han visto la luz en lugares distantes: A. Loche («Infancia, adolescencia, vida de provincia de MH», tesis doctoral, Facultad de Magisterio de Roma, 1963) incluye una carta a E. Azcoaga (3 de junio de 1941) y nosotros recuperamos una misiva en romance irregular a Francisco Galán (el hermano de Fermín Galán), en noviembre de 1936, aparecida en *Canelobre*, Alicante, núm. 6.

En el epistolario no figuran cartas literarias donde se alardee de intención estilística, sino que más bien obedecen a exigencias vitales. Su valor radica en los rasgos testimoniales y en su carga emotiva plena de naturalidad, espontaneidad y realismo. Los breves envíos de pésame y ánimo a los padres de Ramón Sijé son la hermosa muestra del gran calor humano de su sincerísimo concepto de la amistad (Madrid, 14, 17 y 19 de enero de 1936). El más auténtico MH habla apenas sin titubeo, e inunda sus escritos

de una insistente solicitud de recuperación de ilusiones, de abandono de la pobreza, de supervivencia en definitiva. Sus especiales circunstancias le inducen a escribir pidiendo, dictado por la necesidad (necesidad de salir de sus ausencias, de su sino fatal): y

Es que no sé escribir cartas, Guerrero, amigo, y sufro mucho cuando lo hago...

escribe en Madrid, sobre junio de 1935. Resuena en su correspondencia un constante, lastimero y triste lamentar de una penuria quejumbrosa. Pide dinero para viajar y pide trabajo, pide ayuda para publicar y para representar su teatro, pide recobrar la libertad y para que su familia sobreviva, pide para mantenerse vivo, sin más, y para resistir a la enfermedad, el chantaje y la inhumanidad carcelaria:

Odio la pobreza en que he nacido, yo no sé... por muchas cosas... Particularmente por ser causa del estado inculto en que me hallo... (a J. R. Jiménez. Orihuela, noviembre de 1931),

Lo que yo quisiera es trabajar, en lo que fuera con tal de tener sustento (a E. Giménez Cabello, Madrid, 19 de diciembre de 1931),

No puedo leer por no tener libros, escribir por no leer, estudiar por no leer también, luchar porque mi enemigo es mi arma: la poesía (a F. García Lorca, Orihuela, 30 de mayo de 1933).

El acopio del epistolario ha sido posible gracias a la costumbre de Hernández de copiar o guardar los borradores de sus envíos (aunque estos duplicados se conservan en mal estado y con letra pequeña y borrosa):

... letra tan enrevesada y microscópica que a mí mismo me cuesta trabajo aclarar,

confiesa a J. Bergamín (Orihuela, junio 1934); en otras ocasiones se han hallado porque en prisión se le forzaba a escribir en una misma y lacónica carta a varios receptores. Las notas aclaratorias son de una ayuda inestimable, aunque quizá podrían ser más amplias; en casi todas ellas se adivina la participación de Ramón Pérez Alvarez, amigo de MH, también poeta y encarcelado en el Reformatorio de Adultos de Alicante. (Pérez Alvarez se encuentra con una vastísima recopilación de datos, testimonios y documentos para confeccionar una valiosa biografía del poeta oriolano).

El estilo de sus cartas tan sólo se afecta en dos ocasiones, vencido por un recóndito complejo de inferioridad: una, al dirigirse por vez primera al «dulcísimo J. R. Jiménez», desde Orihuela (noviembre, 1931), y la otra, a F. García Lorca (30 de mayo de 1933); aparece como cursi y pedante, rebuscado y alambicado sintácticamente, recordando sus primeros escauceos literarios en los que engola su voz. Así en la despedida a García Lorca:

Hasta la tuya, que no venga roncera, te abraza saludándote, él, yo,

que repetirá al dedicar el auto sacramental a su amigo Sijé:

Ramón: Con lo más puto de mi amistad, en mi primer hoja caída, yo, otoño, el libro: Miguel. (julio, 1934.)

Así y todo, lo habitual en el epistolario es un registro espontáneo y coloquial, que en ocasiones cae en vulgarismos (mantenidos en su producción artística): «antiayer, mallerido, ¡habrán tantos ahora!, no tenemos más que mentirosos o la primer noticia».

Tras el dolor por verse librado de quintas y sus intentos de ingresar en la Marina,

pretende continuar estudios de periodismo; pero no logrará zafarse de su autodidactismo. Ya desde sus primeros poemas era consciente de que adolecía de demasiado claras

... imitaciones  
 harto serviles y bajas,  
 reminiscencias y plagios  
 y hasta estrofitas copiadas

(«Carta completamente abierta. A todos los  
 oriolanos»),

pero, propenso a la mimesis, pronto procurará abandonarlas: «Algún día será que quede libre de extrañas influencias» (expresa a Sijé desde Madrid, 2 de diciembre de 1931). No obstante, su aprendizaje a través de la lectura se rastrea fielmente en sus composiciones —no sólo en poesía sino también en teatro, desde Calderón y Lope, hasta J. Dicenta y García-Lorca, Azorín, Alberti, Bergamín e, incluso, Pemán o Ardavín—. Diseminadas aparecen sus recientes lecturas: A. Nervo, Darío («y dice tanto mío»), Tagore, Balzac, Baudelaire, Shaw, Gourmont, Andreiev, Rémy, Ortega, Gómez de la Serna, Bergamín... Su concepto de amistad se define, en la anteguerra, por la coincidencia en el ámbito artístico; dice a Sijé:

Haz amigos míos a los tuyos, poetas del cielo de Verdaguer y de los airiños de Rosalía, lee a Wilde («amado tanto por ti —Sijé— que conoces casi toda su obra y por mí que apenas la conozco», y a Machado y a Unamuno («mi padre [tachado: nuestro padre, casi desconocido]»). (Para algunas influencias de Machado y Unamuno véase nuestro próximo libro *El teatro de MH (Las tragedias de patrono entre el drama alegórico y las piezas bélicas)*, Alicante.) Por otro lado de Valle proceden ciertos usos lingüísticos del auto sacramental: así el juego de palabras, fónico, «luna lunada» que recoge —a través de Lorca— el empleo anterior de Valle, «luna lunera», en *Luces de bohemia*, esc. 10, acotación final, o el efecto de eco del coro de modernistas que cantan en torno al «burlesco y chepudo» Dorio de Gadex (esc. 4.<sup>a</sup>):

Dorio.—El Enano de la Venta.  
 Coro.—¡Cuenta! ¡Cuenta! ¡Cuenta!  
 Dorio.—Con bravatas de valiente.  
 Coro.—¡Miente! ¡Miente! ¡Miente!...

antecedente de los cuatro Ecos de *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras (QV)*, cuya función se ciñe al papel de la conciencia y del espíritu del Bien, por medio de sugestivos resortes dramáticos en réplicas e intervenciones con corte de claros visos de ballet trágico (alrededor del perturbador Deseo):

Deseo.—¡Nada!: laderas que gimen.  
 Eco 1.º—¡Crímen!  
 Eco 2.º—                  ¡Crímen!  
 Eco 3.º—                          ¡Crímen!  
 Eco 4.º—                                  ¡Crímen! (QV, II, 9).

Y no hay que desestimar esta mención del ballet, porque a MH no sólo le «atrae irresistible el cine», sino que también siente predilección por la zarzuela. La disposi-

ción de los personajes en sus dramas como figuras corales, sus movimientos, y el empleo de una lengua poetizante plagada de paralelismos y correlaciones, y todo un amplio retoricismo no se hallan lejos de las zarzuelas de moda. Su delectación hacia el musical género chico era tal que sobre 1938, en plena guerra civil, recorría dos kilómetros a pie para ver el teatro de «varietés» desde Cox a Callosa. Además MH confía, ya de joven, en la partitura melódica de famosos pasajes zarzuelescos para componer letras de euforia y ánimo sobre sus aficiones juveniles: así escribe la letra del «Himno de La Repartidora» —equipo de fútbol de la calle Arriba, en Orihuela— sobre la música de *Las Leandras*, y sobre la misma fecha, alrededor de 1927, ironiza con otra copla contra los equipos rivales (Los Yankes, nacidos de buena cuna, y Los Iberia, de la calle de la Acequia), entonada sobre los sones de «El Pichi». Tanto la estrategia dramática como el diálogo proporcionan la clave para interpretar incluso *El labrador de más aire* (LA) como una obra musical, con estructura propia de zarzuela rural (plagada de contrastes: escenas de ámbito familiar y social; quejas íntimas y colectivas; humor y severidad; amor y lucha social; trabajo y odio. Musicalmente no resulta difícil imaginar una profusión de marchas, arias, etc.). Y es que brotan con asiduidad las reminiscencias zarzuelescas; cuando Encarnación aconseja a su primo Juan, el labrador de más aire, que no quiera a Isabel, la antipática hija del impertinente cacique, él responde:

Eso mismo digo yo,  
y mi corazón que sí,

que corresponde a las palabras de Julián en *La verbena de la Paloma*:

De un lado la cabeza,  
del otro el corazón,  
éste dice que sí,  
ésta, dice que no.

También *La parranda*, de L. Fernández Ardavín, estrenada en 1928, posee algunas relaciones con LA. Según testimonio de sus coetáneos (F. Giménez Mateo, F. Andréu, L. Fabregat, J. Sánchez, R. Pérez Álvarez, etc.) tras ver y leer zarzuela de este autor decía MH que de inmediato quería escribir una obra similar.

Tampoco hay que desdeñar que con la llegada del cine se difundiera aún más el gusto del público por las zarzuelas (*La verbena de la Paloma*, *La reina mora*, *Carceleras*, *Doloretas*, *Curro Vargas*...). E incluso la primera película sonora, *La aldea maldita*, de 1929, dirigida por F. Rey, procura retratar el paisaje y el alma de Castilla muy en la línea postnoventaiochista que alcanza a MH en la citada LA.

A la impetuosa aspereza descalificadora que emplea en las cartas a F. García Lorca (refiriéndose a otros escritores y críticos), es sustituida en sus últimos momentos por una admiración sin reservas a V. Aleixandre:

... leyendo tu libro me siento un primitivo, Vicente, tan aplicada está tu sensibilidad poética y tan trabajado tu sentimiento en lo universal (Alcázar, 24 de junio de 1941).

De su amistad con Sijé, destaca, en las cartas presentadas por Sánchez Vidal, sus tempranas discrepancias, dado el carácter dominante de Sijé (9 de noviembre de 1932, a R. de los Reyes), y las turbias relaciones entre el mismo Sijé y Bergamín, lo que permite además acabar con la costumbre de identificar *El Gallo Crisis* con *Cruz y Raya*: